

EL BEATO FRUCTUOSO PÉREZ MÁRQUEZ, MÁRTIR, OTRO ADORADOR NOCTURNO EN LOS ALTARES

El sábado 18 de junio pasado fue una jornada importante en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Sevilla. En efecto, tuvo lugar la ceremonia de Beatificación de 27 personas vinculadas a la Orden Dominica en sus tres ramas. Entre ellas estaba el adorador nocturno seglar FRUCTUOSO PÉREZ MÁRQUEZ. Esta Beatificación fue aprobada por el Santo Padre Francisco en diciembre de 2019, debiendo ser retrasada la ceremonia por causa de la pandemia.

El marco elegido por el Excelentísimo Cabildo de la Catedral fue el denominado “Altar de Plata”, realizado entre 1672 y 1772, cien años en los que trabajaron en él distintos orfebres, aunque los que le dieron la impronta definitiva con la que ha llegado hasta nosotros fueron Juan Laureano de Pina y Manuel Guerrero de Alcántara. Dicho Altar, que se configura como una gigantesca custodia argéntea, es en realidad, una estructura efímera desmontable, para ser colocada ante el grandioso retablo mayor (se dice que es el de mayor superficie de la cristiandad), en las fiestas y octavas del Corpus Christi y de la Inmaculada Concepción.

Pero para salvar la dificultad que supone el hecho de que el templo catedralicio Hispalense conserve el coro “a la española”, es decir, ocupando el centro de la nave mayor, cortando las visión del presbiterio y reduciendo, por lo tanto,

el número de fieles que pueden visibilizar las ceremonias que en él se celebran, en las históricas visitas del Papa San Juan Pablo II, se instaló el Altar de Plata de forma permanente en el crucero, apoyado en el cancel de la puerta de la Concepción, creándose un entarimado ante él, a modo de gran presbiterio, para las ceremonias multitudinarias, ya que permite la participación de los fieles desde las dos espaciosas naves laterales del evangelio (que lo ven lateralmente) y desde toda la amplia nave del crucero (que lo ven frontalmente).

Pues en este maravilloso entorno se celebró la ceremonia de Beatificación. Para ello, en los dos pilares contiguos se habían instalado sendas colgaduras en las que en su momento serían descubiertos los rostros de los nuevos beatos.

La Santa Misa comenzó con una larguísima procesión de entrada encabezada por el cuerpo de acólitos que, siguiendo la costumbre sevillana, iban revestidos con ricas dalmáticas rojas, portando seis ciriales y la cruz alzada patriarcal al centro. Seguían los diáconos instituidos, uno de ellos portando en alto el evangeliario, y todos los sacerdotes concelebrantes en dos largas filas (unos cuarenta), más doce canónigos; seguían los señores obispos y arzobispos, en número de ocho, presididos por el Delegado Pontificio, Eminentísimo y Reverendísimo Sr. Cardenal Marcello Semeraro, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, revestidos todos con ornamentos rojos, color litúrgico del martirio.

Entretanto, la coral de la Catedral entonaba una versión libre de “Canticorum Iubilo” en castellano. Una vez llegados al altar, y besado éste con la reverencia acostumbrada por los celebrantes, el Sr. Cardenal ocupó la sede, que en esta ocasión era el sillón dorado, rematado con las armas de Castilla y León. En el lateral del evangelio se colocó el Sr. Arzobispo de Sevilla, flanqueado de los principales cargos de la Orden de Predicadores, presentes en el acto, entre ellos el Maestro General de la Orden de Predicadores, fray Gerard Timoner.

Comenzó la Santa Misa incensando el celebrante la cruz y el altar. Tras el canto del Kyrie, el Sr. Arzobispo de Sevilla, monseñor José Ángel Saiz Meneses se dirigió al Sr. Cardenal: *“Eminencia, como Arzobispo de Sevilla, y junto a mis hermanos en el episcopado, Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Ciudad Real, Antonio Gómez Cantero, Obispo de Almería, Francisco Jesús Orozco Menjíbar, Obispo de Guadix, y el Postulador General de las Causas de los Santos de la Orden de Predicadores, humildemente hemos pedido a Su Santidad el Papa Francisco, que se digne inscribir en el número de los Beatos a los Siervos de Dios Fray Ángel Marina Álvarez y diecinueve compañeros, Fray Juan Aguilar Donis y cuatro compañeros, D. Fructuoso Pérez Márquez y Sor Ascensión de San José.”*

Seguidamente el Postulador General tomó la palabra: *“Los veintisiete mártires dominicos que hoy son beatificados, fueron asesinados por odio hacia la fe entre 1936 y 1937; veinticinco frailes, un laico y una monja; Ángel Marina Álvarez,*

Manuel Fernández Pereira, Natalio Camazón Junquera, Antonio Trancho Andrés, Luis Suárez Velasco, Eduardo Sáinz Lantarón, Pedro López Delgado, Francisco Santos Cadierno, Sebastián Sáinz López, Arsenio de la Viuda Solla, Ovidio Bravo Porras, Dionisio Pérez García, Fernando García de Dios, Antolín Martínez-Santos Ysern, Paulino Reoyo García, Santiago Aparicio López, Ricardo Manuel López López, José Garrido Francés, Justo Vicente Martínez, Mateo Santiago de Prado Fernández, Juan Aguilar Donis, Tomás Morales Morales, Fernando Grund Jiménez, Fernando de Pablos Fernández, Luis María Ceferino Fernández Martínez, Fructuoso Pérez Márquez, Sor Isabel de San José (Ascensión Sánchez Romero). Los mártires representan las diferentes ramas de la única orden de predicadores, tras las huellas del fundador, Santo Domingo y de los numerosos santos de la Orden por él fundada, estos mártires vivieron con fidelidad su vocación dominicana hasta que sus perseguidores los asesinaron por odio a la fe en Jesucristo. En su vida terrena se dedicaron a la oración, al estudio, a la vida común y al anuncio de modos diversos del evangelio del Señor Jesús. Ahora en la gloria del paraíso viven en la alegría eterna de Dios e interceden por nosotros, que los invocamos como amigos santos cerca del Señor.”

Seguidamente, el Señor Cardenal desde la sede, leyó el decreto en latín por el cual el Romano Pontífice, Su Santidad el Papa Francisco, elevaba a la dignidad de Beatos a los mártires, lectura que fue acogida por un prolongado aplauso general de los fieles que abarrotaban la Magna Hispalensis,

mientras eran descubiertos los dos grandes tapices de los pilares con los rostros de los nuevos beatos, y la coral entonaba un himno de acción de gracias.

Inmediatamente se puso en marcha por el pasillo central la procesión con las reliquias de los nuevos beatos, en un arca grande, entre varios fieles con cirios y ramos de flores, que al llegar al presbiterio quedaron depositadas en una credencia dorada colocada al lado de la epístola que ya estaba adornada con numerosas palmas, símbolo del martirio, siendo honradas dichas reliquias con las velas y flores, e incensadas por el señor Cardenal. Tomó nuevamente la palabra el señor Arzobispo de Sevilla para dar gracias: *“Eminencia: la Iglesia de Dios que peregrina en Sevilla da gracias al sucesor del apóstol Pedro, Su Santidad el Papa Francisco por la Beatificación de los siervos de Dios fray Ángel Marina Álvarez y diecinueve compañeros, fray Juan Aguilar Donis y cuatro compañeros, don Fructuoso Pérez Márquez y sor Ascensión de San José”*. Finalizó el rito de la Beatificación con el saludo al Sr. Cardenal de los señores Obispos peticionarios, y autoridades de la Orden Dominicana, mientras la coral entonaba el canto del Gloria.

La oración Colecta fue también dedicada a los nuevos Beatos: *“Oh Dios, que enviaste a tu Hijo, para que muriendo y resucitando nos diese el espíritu de amor, ayúdanos para que por intercesión de nuestros hermanos mártires fray Ángel Marina y diecinueve compañeros, fray Juan Aguilar Donis y cuatro compañeros, Fructuoso Pérez Márquez y sor Ascensión*

de San José, seamos siempre artífices de reconciliación en la sociedad y promovamos una viva comunión entre los miembros de tu Iglesia. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.”

Las lecturas fueron proclamadas, la primera, del Apocalipsis (Ap. 7, 9-17), por una religiosa dominica; el salmo responsorial (Sal. 34) por el salmista de la catedral alternando con el coro desgranando la bella antífona *“Gustad y ved que bueno es el Señor”*, y la segunda lectura, de San Pablo a los Romanos (Rom, 5, 1-5) por un laico. Nuevamente el salmista intervino para cantar el versículo (Jn, 17, 19) del hermosísimo aleluya con que la coral antecedió la lectura del Evangelio. Seguidamente se formó una pequeña procesión en la que los diáconos, acompañados por los acólitos con ciriales, se dirigieron al celebrante, uno para ofrecerle el incienso que debía ser puesto y bendecido en el turíbulo, y el otro para que lo bendijera según el rito romano antes de leer el texto escogido para la ocasión (Jn, 17, 1, 11-19). Una vez proclamada la Palabra de Dios, el mismo diácono llevó el evangeliario al señor Cardenal, que bendijo al pueblo con el propio libro.

La homilía del Sr. Cardenal fue como sigue: *“En el relato del Apocalipsis hemos oído cómo Juan en su visión contempló una multitud de personas que, vestidas con vestiduras blancas, alababan a Dios. Sorprendido por esta imagen, él se preguntó quiénes eran, y le llegó la respuesta: estos son los*

que vienen de la gran tribulación. Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. San Agustín lo comentará observando que, en sí misma, toda sangre tiñe de rojo, pero que a diferencia de cualquier otro caso, la sangre del Cordero confiere blancura porque se trata del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Es la sangre de Cristo, derramada por muchos para el perdón de los pecados. En la perspectiva de esta mirada profética, nosotros hoy contemplamos el consistente grupo de Siervos de Dios que acaban de ser declarados Beatos y proclamados Mártires. Pertenecen a la cándida comitiva de mártires que alaban al Señor, como canta el Te Deum: “Te Mártyrum candidátus laudat exércitus.” Su historia ha sido recordada al iniciar este sagrado rito. Fueron todos víctimas de la misma persecución que en los años treinta del siglo pasado provocó la muerte de cientos y cientos de cristianos, ministros sagrados, personas consagradas, fieles laicos... una multitud, en efecto, que ha lavado sus propias vestiduras en la sangre del Cordero. Estos nuevos beatos fueron personas humanamente muy diversas por su carácter, por sus historias personales,.. Los unía, en cambio, el carisma de Santo Domingo. Una elección vocacional la suya, vivida con fidelidad, coherencia y generosidad. Resplandece con singular luminosidad la figura de una mujer, sor Ascensión de San José. Junto a otras, ella fue cruelmente torturada, le pidieron que blasfemara y pisoteara el crucifijo, a lo que se negó, y le destrozaron el cráneo. No renegó de su fe, al contrario, murió ensalzando a Cristo Rey y alabando al Santísimo Sacramento. Sabía bien sor Ascensión

que la sangre del Cordero confiere candor porque es la sangre derramada por muchos para el perdón de los pecados. Estamos celebrando la santa Misa y también nosotros alentados por su testimonio repetimos en la intimidad del corazón, con la fe de la Iglesia: su sangre derramada por nosotros es bebida que nos redime de toda culpa. Es una verdad que la Iglesia nos recuerda siempre, que se nos repite en estos días mientras celebramos la solemnidad del Corpus Christi. Todos nosotros, que nos alimentamos del mismo Cuerpo de Cristo y nos dejamos santificar por su Sangre preciosa nos convertimos en su cuerpo. Y hoy Jesús nos tranquiliza. Sobre nosotros está su mirada, está su oración: “Padre santo, guárdalos en tu nombre. Aquellos que me has dado para que sean una sola cosa como nosotros.” Es así como nos envía al mundo, unidos a Él y en comunión entre nos, entre nosotros. En la lectura del santo evangelio también hemos escuchado esto: “Como tú me enviaste al mundo así yo los envío también al mundo.” El evangelio debe ser proclamado sobre todo con el testimonio de la fraternidad y de la comunión. En la exhortación Evangelii Nuntiandi, san Pablo VI nos lo ha dicho espléndidamente: “Un cristiano, un grupo de cristianos, que, dentro de la comunidad humana donde viven manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sensible y espontánea su fe, los valores que van más allá de los valores corrientes y su esperanza en algo que no se ve ni

osarían soñar.” A través de testimonios sin palabras, estos cristianos, hacen plantearse a quienes contemplan su vida interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es lo que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa pero también muy clara y eficaz de la buena nueva. Somos conscientes, sin embargo, que el Señor no nos manda una situación cómoda y fácil. Nos lo recuerdan nuestros mártires. La del cristiano en el mundo no es nunca una situación cómoda ni fácil. En la Exhortación sobre la llamada a la Santidad en el mundo de hoy, el Papa Francisco, ha subrayado esto. Ha escrito que para vivir el evangelio no podemos esperar que todo en torno a nosotros sea favorable. Muchas veces, al contrario, las ambiciones del poder y de los intereses mundanos chocan contra nosotros. Vivimos en una sociedad alienada, atrapada en una trama política, mediática, económica, cultural e incluso religiosa, que obstaculiza el auténtico desarrollo humano y social, de modo que vivir como cristiano, según las bienaventuranzas evangélicas se hace difícil y puede ser incluso una cosa mal vista, sospechosa, ridiculizada. Las dificultades en las pruebas que nuestros mártires han soportado y superado, si bien en una paradójica victoria que a los ojos del mundo es una derrota no son ciertamente las únicas. Las persecuciones no son una realidad del pasado, porque hoy también las sufrimos, sea de manera cruenta, como tantos mártires contemporáneos, o de un modo más sutil, a través de calumnias y falsedades, continúa diciéndonos el papa.

Miremos entonces el ejemplo de nuestros mártires para sentirnos confortados. San Gregorio Magno escribía que “tanto más sólida surge en nosotros la esperanza, cuanto más duras son las pruebas soportadas por amor de Dios. Tengamos confianza, no obstante nuestras fragilidades. Dios revela su fuerza justamente a los débiles y también a los indefensos en la fortaleza del martirio. Amén.”

Siguió la santa Misa con el Credo, recitado por toda la asamblea, y la Oración de los fieles, en la que se pidió por la Santa Iglesia, por la Orden de Predicadores, por todos los pueblos de la tierra, por el rechazo de la violencia, por los perseguidos a causa de la verdad y de la justicia, por los presentes y por todos los cristianos. Fueron leídas alternadamente por una monja y un fraile, ambos dominicos.

Llegado el Ofertorio, los diáconos prepararon el altar con varias patenas y cálices, dada la cantidad de Arzobispos, Obispos y sacerdotes concelebrantes, mientras el organista de la Catedral acompañaba con una pieza el momento.

Tras ser incensadas las ofrendas, los celebrantes y el pueblo, tanto la Oración sobre las Ofrendas como el Prefacio, tuvieron textos que recordaron a los nuevos Beatos y Mártires. Mientras la coral catedralicia cantaba el Santus, el cuerpo de acólitos, con los ciriales y el incienso se colocó delante del altar para la Consagración. El señor Cardenal tras recitar la fórmula de la Transubstanciación del Pan y del Vino, mostró ambos a la asamblea elevándolos y dando la vuelta

completa, recogiendo así una costumbre muy utilizada en Sevilla en tiempos del recordado Cardenal Bueno Monreal.

En la Plegaria Eucarística participaron dos de los Obispos concelebrantes, correspondiendo al Sr. Arzobispo de Sevilla, la parte en la que se volvió a mencionar a los nuevos Beatos Mártires.

Para la distribución de la sagrada Comunión, monseñor José Ángel Saiz, se colocó al pie del presbiterio en el centro, mientras que otros muchos sacerdotes se distribuyeron por las naves de la seo, dado el volumen de fieles que la abarrotaban. Entretanto, la coral entonó el apropiado y bello canto: *“Heme aquí, Señor.”* Como acción de gracias el Maestro de capilla eligió un bello *Magnificat*.

Tras la oración Poscomunión, el Maestro General de la Orden de Predicadores subió al ambón para pronunciar estas sentidas palabras de agradecimiento: *“Junto con los miembros de la familia dominicana aquí presentes, en particular fray Jesús Díaz Sariago, Prior Provincial de la Provincia de España, fray Miguel Ángel del Río, fray Máximo Manccini, Postulador General, deseo compartir estas palabras de gratitud. Alabo y doy gracias a Dios, fuente de toda santidad, que hizo a los veintisiete miembros de la familia dominicana hoy beatificados, veinticinco frailes, una monja y un miembro del laicado dominicano, fueran valientes frente a la violenta persecución y fieles al Señor en la vida y en la muerte. Alabo y doy gracias a Dios, Buen Pastor, por habernos dado buenos pastores, en particular el santo Padre Papa Francisco, el*

Cardenal Marcello Semeraro, el Reverendísimo José Saiz Meneses, Arzobispo de Sevilla, , y monseñor Gerardo Melgar, Obispo de Ciudad Real, monseñor Antonio Gómez, Obispo de Almería, y monseñor Francisco Jesús Orozco, Obispo de Guadix; obispos de las diócesis donde nuestros hermanos y hermana confesaron la fe porque han reconocido el heroico martirio de nuestros hermanos y hermana. Alabo y doy gracias a Dios, que nos llama a la santidad, que nos invita a todos a imitar a nuestros santos mártires, no sólo muriendo por la fe sino viviendo por la fe y amando a Dios a través de nuestro servicio al prójimo y a la Humanidad. Y a todos vosotros queridos hermanos y hermanas, gracias por acompañarnos en esta celebración para dar gracias a Dios y celebrar las cosas maravillosas que el Señor ha hecho a través de nuestros santos mártires dominicos. Muchísimas gracias en Cristo.” Palabras que fueron subrayadas por un fuerte y largo aplauso de los muchos fieles que llenaban las amplias naves de la seo Hispalense.

Terminó la solemnísimas celebración con la bendición impartida por el Cardenal Semeraro, formándose la procesión de salida en orden inverso a como lo había hecho para la entrada, mientras la coral cantaba: *“Somos familia en unidad, de fray Domingo de Guzmán...”*

Una jornada brillante, la vivida el día 18 en Sevilla, no solo por la luminosidad propia de la ciudad, sino por el alto significado de la ceremonia realizada en la Catedral. Además de para la Familia Dominicana, también para la Archicofradía

de Adoración Nocturna Española, porque, como sabemos, y por ello lo traemos a estas páginas, uno de los nuevos mártires, Fructuoso Pérez Márquez, era, además de Terciario Dominicano, Adorador Nocturno. Se convierte así, en uno más de los muchos intercesores que tenemos ya ante la presencia celestial de Cristo, al que él contempla cara a cara, como premio a haber dado su vida por defender la fe en ese mismo Señor y en su presencia real y verdadera en la Sagrada Eucaristía.

Juan Jorge García García

Presidente del Consejo Diocesano de Sevilla.

La Orden de Predicadores (Dominicos) cuenta actualmente, con sus más de 800 años de historia, con alrededor de 300 miembros beatificados, a los que se sumarán estos 27 mártires, que son un modelo de vida para los católicos, signos de amor, de perdón y de paz.